

Memorias de un poeta

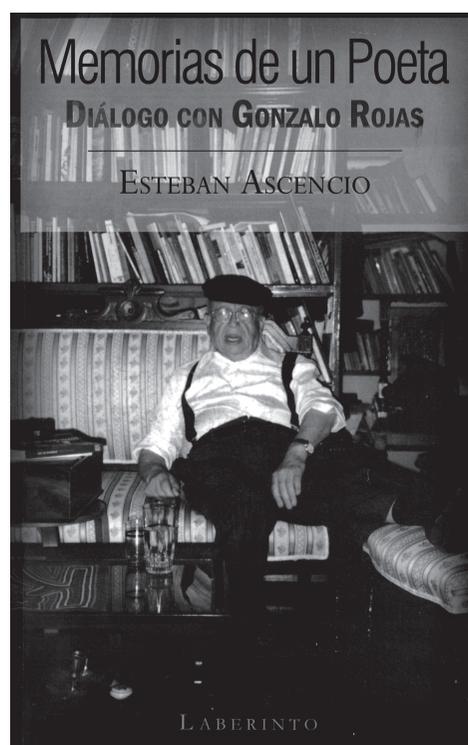
Hernán Lavín Cerda

LAS ILUMINACIONES DE MOISÉS VILLASEÑOR

Sin duda que el poeta Moisés Villaseñor es muy antiguo y viene de muy lejos, sí, de las entrañas del Arte de la Palabra. Muy antiguo y muy nuevo por fortuna: fuera de toda medición cronológica. Sospecho que está tocado por las vibraciones luminosas de la Poesía. Lo sospeché desde un principio. ¿No contaban con mi astucia? Ahora leo y releo su poesía tan profunda, tersa, hermosa y muy humana, y voy cayéndome desde la piel al alma como sucede cuando la luz del milagro se vuelve una presencia. Pero no olvidemos que la poesía no se lee: se *relee* siempre, para decirlo con el espíritu de Luis Cardoza y Aragón, aquel maestro inolvidable. Qué alegría, qué feliz me siento. Los ángeles de nuestro idioma han de estar muy felices porque en este libro, *La luz de los árboles*, casi todo es resurrección, sin tener que pasar, tal vez, por el trance no siempre muy hospitalario de Su majestad la Muerte. Si yo pude algún día haber puesto un grano de arena para que fuese posible el milagro de las escrituras de Moisés Villaseñor, me doy por muy bien servido, como se decía en aquella Antigüedad no muy antigua. Reciba como siempre el abrazo fraterno de su maestro y hoy discípulo Hernán Lavín Cerda, alias el Lobo Sapiens, ¿o más bien la Mano Peluda de su Alteza Serenísima?

Siempre le oí decir a Gonzalo Rojas, quien nació en Lebu, al sur de Chile, en 1917: “Soy un animal absolutamente rítmico. Todo me llega por el oído sagrado y profano”. Nos conocimos durante el invierno de 1965, durante el Primer Encuentro de Poesía Jo-

ven de Chile, que se celebró en la Universidad Austral de Valdivia. Allí, junto al abismo del inmenso río, nació nuestra amistad. Nos volvimos a ver en Concepción —hablamos mucho de tres obras poéticas: *Dador*, de José Lezama Lima, *Salamandra*, de Octavio Paz, y *Escritura de Raimundo Contreras*, de Pablo de Rokha—, y luego en Santiago de Chile, en mi casa verde de la calle Asunción 221, muy cerca del cerro San Cristóbal. Cuando lo conocí, recién se había publicado su segundo libro, *Contra la muerte* (1964) en la Editorial Universitaria. El comentario fue unánime: una vez más Gonzalo Rojas en medio del relámpago; visión órfica, ondulación rítmica y arrebatos suntuosos. La certidumbre, para decirlo con sus palabras, de que “el mundo sale volando desde el huevo de la muerte”. Habían transcurrido dieciséis años desde la publicación de *La miseria del hombre* (Valparaíso, 1948),



su primer cataclismo sonoro, erótico, ontológico, libérrimo. Quiero recordar que Gabriela Mistral, después de leer esta obra, le escribe a Gonzalo para decirle:

Su libro me ha tomado mucho, me ha removido, y a cada paso, admirado, y a trechos me deja algo parecido al deslumbramiento de lo muy original, de lo realmente inédito. Deme algún tiempo para masticar esta materia preciosa. Usted sabe, Rojas, que yo no sirvo para hacer crítica... Lo que sé, a veces, es recibir el relámpago violento de la creación efectiva, de lo genuino, y eso lo he experimentado con su precioso libro.

Conviene observar cómo Rojas fue absorbiendo el lenguaje de la Mistral y no sólo de ella. Por ejemplo: “Deme algún tiempo para masticar esta materia preciosa”. Y lo que viene: “Lo que sé, a veces, es recibir el relámpago violento de la creación efectiva, de lo genuino...”. Son tonos y términos que aparecen no mucho después en su escritura. Gonzalo Rojas siempre estuvo leyendo y releendo a Gabriela Mistral. Para él, todo lenguaje con dimensión artística es una partitura. Escribir ha sido un proceso —despliegue de pulsiones, fintas, balbuceos corpusculares— que surge siempre desde la roca viva de lo sonoro. “Escribimos en lo abierto de lo sonoro”, confiesa el poeta. Los mitos adquieren su presencia en el ininterrumpido ritual de la escritura: todo nace del ritmo y vuelve al ritmo. El fin del poema no es más que la suspensión temporal del mito. Hasta que nuevamente aparece el ritmo convertido en logos, y entonces el poema —ese cuerpo de la fiesta— se extiende y va cambiando de título y también cambian los títulos de los libros que nunca dejarán de ser el mismo poema dividido en



Gonzalo Rojas

fragmentos múltiples, y al fin el mismo y único libro. El propio Gonzalo le dijo en Caracas al recordado novelista y periodista Tomás Eloy Martínez, el 27 de febrero de 1977, en aquel suplemento cultural *Papel Literario*:

Echada así la suerte, corto el vuelo en distintas direcciones y pienso que estoy en muchas partes al mismo tiempo. Ello no impide que cada texto juegue su juego libremente, de lo fónico a lo semántico, en un proceso rítmico vertebrante, como la circulación de la sangre o de la savia... Así escribo. Cada poema nace en mí como un zumbido, en cualquier sitio, en cualquier instante.

En el volumen escrito y organizado como un viaje por el editor mexicano Esteban Ascencio, la situación es semejante, aun cuando aquí estamos en el reino de una biografía novelada. Ascencio acompaña a Gonzalo Rojas con el propósito de recorrer los caminos sagrados, sí, los de la infancia y la juventud del poeta, y asimismo los del presente. En sus mejores momentos, esta obra se desliza desde el presente hacia un pasado más o menos remoto que también adquiere la dimensión de la presencia. Los tiempos verbales oscilan desde el modo indicativo al subjuntivo. Cuando esto se da con equilibrio y exactitud, surge el milagro de la escritura con dimensión artística. Hay mucha médula en esta obra muy bien estructurada por el memorialista Esteban Ascencio, quien tuvo la fortuna de pasar algunos

días en casa de Gonzalo Rojas, allá en el número 1051 de la calle El Roble, en Chillán, al sur de Chile. “Sin duda, dialogar con Gonzalo Rojas me acercó a su vida, a su ‘turbulenta’ vida. A su alma de viejo-niño que lo acompañó hasta el último de sus días”. Creo haber dicho que en la prosa de Ascencio se une el futuro con el pasado, alumbrándose sin tregua, y en conjugación de diferentes formas verbales, lo cual es un acierto. La verdad es que Rojas perteneció a la estirpe de los poetas que emergen desde la médula visionaria, al modo de esos “locos sagrados” que aparecieron en aquel país del sur del mundo a partir de los primeros años del siglo XX. Esteban Ascencio escribe con pulcritud y visión, como desde el fondo de la atmósfera lingüística que emerge de Gonzalo Rojas:

El poeta me indica que en un momento estará conmigo y me pide que lo espere en el estudio... Al fondo, fotografías de César Vallejo, Vicente Huidobro, Rubén Darío, Pablo de Rokha y Gabriela Mistral. Mudo encuentro, tan silente, que resulta impensable no imaginar su presencia deambulando por la casa; después de todo, ellos se entienden. ¿Y cómo no habrían de entenderse? ¿Acaso no fue Huidobro quien —en un acto de justicia en 1942— dijo a los detractores de Rojas: déjenlo, Gonzalo es un loco que necesita cumbre? Cuando el poeta, harto de todo, y desde su disidencia anarca se internó en su intraexilio en la cordillera de Ata-

cama, o cuando en 1958, en aquel viaje a París, sentado a la mesa de aquel café acompañado de su hijo Rodrigo Tomás, cree ver a César Vallejo —yo me empeño en creer que lo vio—, delgado como era, fundido en la tristeza de siempre, a un paso del sueño, condenado quizás al asombro de sí mismo. ¿No es esto el entendimiento que se da entre los poetas?

De aquí en adelante, el libro va aumentando en páginas y en intensidad. Aparecen, desaparecen y vuelven a aparecer las historias, los paisajes, los personajes y la intensidad de las atmósferas de un tiempo y de otro, gracias al tejido que Ascencio despliega con precisión y a menudo belleza en el lenguaje. “Desde muy niño oí mundo, ritmo y más ritmo, oí misterios”, decía Gonzalo Rojas desde las honduras de la memoria. De pronto fueron apareciendo los relámpagos, para decirlo al modo de Juan Rulfo, aquel otro gran poeta de la prosa a quien Rojas admiraba profundamente. El artista de la palabra recuerda aquel asombro a través de la escritura de Esteban Ascencio:

Ese ruido de aguas, el sonido enorme que venía de las cuevas, porque cuando el mar soplabla desde abajo, formaba un tubo, y ese tubo se convertía en una bocina impresionante que se esparcía por todo el pueblito, y la gente decía “ya está mugiendo el toro”. Ése era el aviso de que venía una tormenta muy grande. Estábamos en eso cuando uno de mis hermanos dijo esa palabra: RELÁMPAGO. Todavía me veo volando en ella, y hasta me enciendo en ella. Y toco las palabras, las huelo, las beso, las descubro y me fascino porque son mías desde los cinco y seis años, cuando recién aprendí a leer. Las palabras en mí arden y se me aparecen vivas, muy vivas con un sonido más allá de todo sentido.

Relámpago, relámpago, dijo él con su voz de niño. Yo, con mis cinco años de edad, no lo miré a él, pero me quedé con mi oreja oyendo por dentro esa palabra, re-lám-pago. Ese tetrasílabo esdrújulo pudo más en mi cabeza de niño, pudo más que la coherencia misma del cielo. ¿Qué fue lo que vi?, ¿qué fue lo que oí? Oí mundo, oí más que mundo, oí misterios.

Eso pasa con la poesía, ahí hay una revelación de la palabra, pero de la palabra

creadora, aquella con la cual uno cree que hace su poesía. Y pienso que allí se me reveló lo oscuro y germinante de las cosas. Sin duda que la poesía es un gran juego que conduce al asombro.

Al modo del encantamiento infantil, el espíritu de Gonzalo Rojas se mueve entre ondulaciones del sentido y del sonido. “La poesía es el gran juego”, dice mientras observa a Esteban Ascencio y va cayéndose desde la piel al alma. En dicho juego “prevalece la imaginación, la libertad imaginaria y esa vibración sensitiva de la sensibilidad, y esto te lleva al asombro”. Es de tal altura la médula de estas reflexiones muy bien dispuestas por Ascencio y por Rojas, que habría que transcribirlo todo de principio a fin, y dicha transcripción sería interminable. Prefiero invitarlos para que lean esta obra paso a paso, subrayándola y escribiendo notas al margen. Pienso que sólo así podemos tener un diálogo interactivo a tres bandas: Gonzalo Rojas, Esteban Ascencio y el lector.

Sospecho que he llegado a un punto donde podría no haber regreso. Si me voy con la finta del entusiasmo que me provocan estas páginas, corro el peligro de no detenerme cuando es preciso detenerse, en honor al tiempo cronológico. La enredadera escritural pide más espacio y más altura, y yo no debiera caer en esa trampa maravillosa. ¿Debería o no debería? Debo cerrar el círculo cuando lúcidamente hay que abrirlo más y más.

El volumen también se enriquece con varias fotografías tomadas por Ascencio en la casa de Gonzalo Rojas, allá en el sur de Chile. Una de ellas es notable: el poeta aparece colgando de una cuerda y haciendo flexiones, pero no genuflexiones, y por encima un árbol extrañísimo. Todo ocurre en el cementerio de Lebu, junto al nicho donde está sepultado su padre. Confieso que he vivido, aunque nunca estuve allí, pero Esteban Ascencio, autor y editor, tuvo ese privilegio y su obra se convirtió en un volumen fundamental para conocer una buena parte de la biografía de Gonzalo Rojas.

Ahora damos un salto para cambiar levemente de atmósfera, y de improviso aparece el poeta con una botella de vino tinto en las manos. “Ahora, en este largo corre-

dor de su casa ataúdica, siento cada palabra, cada oleaje de su Lebu como ‘un aire, un aire, un aire’. Instálate —me dice—, te espero en el estudio. Sorpresivamente, en esta habitación, más feliz que extraviado, corro la cortina y veo en esta fotografía el rostro pálido de Juan Antonio Rojas”, el padre del poeta, aquel minero inmortal, en el vertiginoso descenso de su tarde de lluvia, de su *Carbón* infinito... “Voy a atravesar la voz de Gonzalo que zumba y zumba como un granizal sobre el zinc, como el mismísimo Eros antes y después de la oralidad que estremece y renace. Dos vasos y una botella, tan real que parece un sueño. Pienso en el dador”.

En las últimas páginas del volumen aparecen varios poemas que fueron seleccionados por Mario Meléndez. “Vétero áspero: papeles esenciales”, se titula dicha sección. Para vibrar con la temperatura de Gonzalo Rojas, me permito detenerme en su texto “Rimbaud”, que dice a la letra:

No tenemos talento, es que
no tenemos talento, lo que nos pasa
es que no tenemos talento, a lo sumo
oímos voces, eso es lo que oímos: un
centelleo, un parpadeo y ahí mismo
[voces. Teresa

oyó voces, el loco
que vi ayer en el Metro oyó voces.

¿Cuál Metro si aquí no hay Metro?
[Nunca
hubo aquí Metro, lo que hubo
fueron al galope caballos
si es que eso, si es que en este cuarto
de tres por tres hubo alguna vez caballos
en el espejo.

Pero somos precoces, eso sí que somos,
[muy
precoces, más
que Rimbaud a nuestra edad; ¿más?,
¿todavía más que ese hijo de madre que
lo perdió todo en la apuesta? Viniera y
nos viera así todos sucios, viejos
de inmundicia y gloria. Un
puntapié nos diera en el hocico.

Eso es todo por el momento, distinguidos señoras y señores, como aún decíamos durante la segunda mitad del siglo XX, aquel siglo que aún sigue latiendo al ritmo de aquellas líneas palpitantes de Gonzalo Rojas. **U**

Esteban Ascencio, *Memorias de un Poeta. Diálogo con Gonzalo Rojas*, Ediciones Laberinto, México, 2011.

